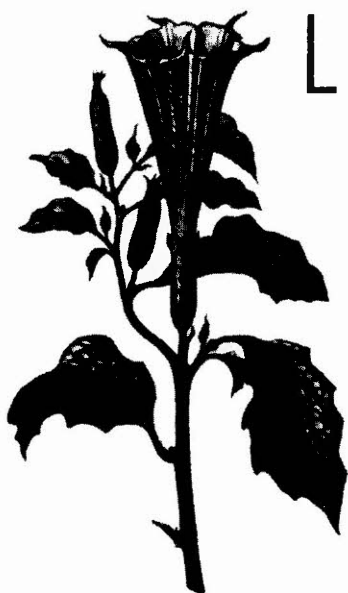


ALEYDA MUÑOZ L.
Psicóloga-Psicoanalista

LA PASIÓN DE VIVIR MURIENDO

ASPECTOS GENERALES



DATURA L.
D. metel L.
Solanaceae
Zonas tropicales y templado cálidas
de ambos hemisferios

La utilización de sustancias para producir modificaciones en la subjetividad, fue entendida por Freud como apoyo para soportar el malestar que produce la cultura y la vida misma. Desarrollos posteriores de las ciencias sociales, aportan nuevos elementos de análisis que si bien no desestructuran el planteamiento Freudiano, sí diversifican las posibilidades de aproximación a una costumbre humana que adquiere una dimensión muy singular en la sociedad actual.

Aunque el tema de este trabajo, versa sobre las condiciones subjetivas que sustentan el consumo de un niño, resulta ineludible mencionar algunos factores de orden social porque potencian una costumbre humana –casi tan antigua como la cultura– hasta convertirla en un drama social de graves consecuencias.

En efecto, como lo han afirmado algunos investigadores, el desmesurado poder económico que adquiere el mercado de estupefacientes, la aparición de la cadena criminal que lo sostiene y el incremento del consumo, están articulados a su condición de ilegalidad. Lo ha vivido una nación como Colombia que en los últimos años se ha visto convulsionada por los efectos de un negocio de rentabilidad desproporcionada, que al ser penalizado por el Estado –bajo presiones muy discutibles de orden mundial– desató toda la capacidad destructiva –aquella no domeñada por la cultura– de individuos de gran astucia y ambición. Fue visible en este período cómo la persecución estatal, agudizó el potencial defensivo de una organización criminal que generó fenómenos tan lamentables para una sociedad, como el sicariato ejecutado por niños y jóvenes, el secuestro extorsivo, la utilización de personas para portar en su cuerpo dosis mortales de droga, y sobre todo el asesinato impune de personas, que en su momento intervinieron en contra de esta actividad, en cumplimiento de sus deberes como funcionarios del Estado o por su valor civil.

Un sistema jurídico resquebrajado por el poder letal de las armas, la corrupción estatal acrecentada por el soborno económico, el reparto inequitativo de los bienes en una sociedad pobre y mal

administrada y las deficiencias educativas de la población, entre otros factores, facilitaron la expansión de un negocio que movilizó la capacidad económica de capas de población tradicionalmente desfavorecidas. Por otro lado, una economía irrigada con dineros de procedencia ilegal se expande sin control creando condiciones de solvencia desmesurada que repercuten en la vida cotidiana de las familias, depreciando el valor del saber, del trabajo y el esfuerzo para valorar por oposición el dinero, la facilidad y los objetos de consumo. Todavía no se pueden medir los efectos tardíos en la población de niños y jóvenes que vivieron una bonanza monetaria súbita y luego perdieron sus familias por disolución o muerte, sin haber adquirido referentes éticos para la vida.

Por último, el procesamiento ilegal de estupefacientes para un consumo clandestino, promueve la adulteración con productos químicos más nocivos que la sustancia básica, elevando las posibilidades de mortalidad o daño irreversible.

Recientes intervenciones del Estado Colombiano parecen obtener resultados coincidentes con la presión internacional y de hecho han disminuido la tensión álgida de unos años atrás, sin embargo mientras subsistan fallas protuberantes en la organización social es previsible el relevo de las personas que dirigían el negocio de estupefacientes y ahora han muerto o se encuentran detenidas.

Este recuento sin duda incompleto, de factores propiciadores y consecuencias, permite justificar la importancia de estudios multidisciplinarios para proponer alternativas de manejo que lejos de satanizar, ilustren, cualifiquen y promuevan decisiones responsables a nivel social e individual.

La diversidad de los referentes conceptuales utilizados por las áreas del saber concernidas, no debe impedir el análisis y la correlación de factores comunes, pues se trata de una práctica humana de notables repercusiones sociales.

EL DRAMA SUBJETIVO

Un aspecto inicial, llama la atención en la costumbre de utilizar psicoactivos: la subjetividad de quien lo hace, aparece en déficit.

Desde la ceremonia ritual que asegura la comunicación con los ancestros o la ratificación de una jerarquía tribal o la recepción amistosa, hasta el consumo urbano en reuniones sociales para acompañar la ingesta de bebidas alcohólicas, o la utilización solidaria y persistente para adormecer o estimular la sensibilidad, o para obtener mayor conocimiento de sí, mayor inspiración para la creación, mejor rendimiento físico o

simplemente para alejarse de las presiones de la vida, es posible advertir que el sujeto necesita *algo más para...*

Algo para completar o producir un resultado buscado, algo que sirva de apoyo para soportar el malestar que produce la presión de lo real, algo que opere como sustituto de una carencia. El punto de partida parece entonces, una falta que el sujeto no puede asumir y por ello acude a ese "algo de más" que producirá diferentes efectos. En principio se establece la ilusión de completud, de eficacia o de solución alcanzada, pero así mismo se incuba la dependencia imaginaria o real que convierte en indispensable el consumo o el uso de sustancias psicoactivas.

Las alteraciones sensoriales y perceptivas, así como el deterioro progresivo de orden físico, no son iguales en todos los consumidores. Una variación significativa parece depender de las condiciones previas, por ello las intervenciones clínicas deben considerar la singularidad del sujeto aunque se esperen efectos propios de cada sustancia.

En términos generales, el uso prolongado de estupefacientes, produce modificaciones en las posibilidades genésicas e intelectuales del consumidor y el conjunto de sus relaciones como sujeto. Pero lo más significativo en términos clínicos es el manejo que da al déficit inicial y que reaparece con la finalización de los efectos de la sustancia. En ese momento la subjetividad se siente de nuevo en falta, inerte, acosada, frágil, con el peso del fracaso que insinúa la repetición, no soporta su estado, busca la ayuda de ese "algo de más" y con ello reinicia el ciclo. Un sesgo de aniquilamiento subjetivo tiene lugar en todo el circuito que puede ser estudiado con elementos teóricos del psicoanálisis.

En tal sentido, esta reflexión explora las dificultades de un joven consumidor de marihuana, bazuco, cocaína y robinol y propone una explicación siguiendo planteamiento de Freud acerca del origen de la ley y la cultura, y de Lacan acerca del goce y la Etica. De manera particular dos hilos conductores nos permiten el análisis: la relación entre el padre, la ley y el goce y la dependencia del Otro, en tanto son nociones que según el psicoanálisis marcan la aparición de un sujeto.

En el caso del niño que nos ocupa, un recuerdo insistente en su corta vida —doce años— ilustra el anclaje superyoico que sostiene el consumo, en tanto moviliza a la repetición de una conducta paterna que lo fija y le impide ir más allá en su realización como sujeto.

Acudió a consultar por sugerencia de un profesor y porque según sus palabras "tengo miedo y quiero olvidar". Su diario vivir transcurre entre el espacio escolar, la familia y las calles por donde deambula siempre solo y aprensivo vendiendo droga. Hijo de padres se-

parados, ambos vinculados al mercado de estupefacientes, nunca ocultaron al niño sus actividades y ahora él conoce el riesgo de muerte, inherente a los excesos en el consumo de algunas sustancias psicoactivas y en la dinámica violenta del negocio de las drogas. Teme por sí mismo y por sus padres cada día, mientras intenta eludir el cerco de la ley, en una tensión constante, que sólo puede aliviar con el consumo. Asistió a consulta sólo por siete semanas y a pesar de las reticencias iniciales, habló con fluidez y se manifestó complacido de encontrar un lugar para hablar y ser escuchado. Se propuso interrumpir el consumo y lo logró por cuatro semanas al cabo de las cuales no regresó más.

Su partida deja una huella que nos induce al trabajo. La escucha gentil y atenta de algunos amigos, da mayor consistencia a la elaboración propuesta, que de todos modos, suscita nuevas preguntas.

EL NIÑO QUIERE OLVIDAR

El relato formal de su niñez está enfatizado por la soledad y el silencio, modificados de manera eventual por conversaciones con el padre en los intervalos de sus ausencias por estar "de viaje". Estos escasos momentos de compañía dejaron viva huella, porque el padre respondía todas sus preguntas: "Me hablaba como si yo fuera una persona grande. Me decía que nunca consumiera droga, que estudiara y aprendiera mucho".

También el aislamiento era roto por las frecuentes peleas de los padres, con gritos, insultos, golpes y posteriores reconciliaciones hasta que ocurrió la separación definitiva. Para entonces el niño tenía 9 años y pasó al cuidado de su abuela, porque la madre fijó su residencia en otro país, con su nuevo esposo también narcotraficante. Esto forma parte del pasado que intenta desconocer, "meto droga para olvidar, el dolor de mi niñez". Y entre tanto acumula nuevas experiencias que tampoco dejan buenos recuerdos. Unos meses después de la separación familiar, inicia las fugas del colegio y es adoptado como mascota por un grupo de adolescentes que imitan la conducta *punk*. Se rapan la cabeza, visten ropa de color negro, se adornan con cadenas que también sirven para golpear y escuchan rock pesado. La vida les parece sin sentido y el mundo de los adultos una hipocresía. Con ellos inicia el consumo de droga y también la venta para solucionar el problema de dinero por el incumplimiento reiterado de las cuotas de sos-

tenimiento que deben enviar los padres. Su escasa escolaridad está signada por bajo rendimiento académico, permanentes fugas y una enorme dificultad para establecer vínculos con los profesores y compañeros de curso.

Los efectos del consumo aparecen en una limitación progresiva para recordar lo que intenta aprender y en una actitud prevenida por temor a ser agredido o delatado ante la ley. Además hay efectos secundarios de su posición: el silencio se convierte en soledad; la droga que ayuda a olvidar también produce dificultad para aprender; la adopción que ofrece el grupo *punk* representa marginalidad social; la venta de estupefacientes soluciona necesidades económicas pero anuncia el riesgo de muerte o de castigo.

Son vertientes de un intento fallido por escapar al dolor de los recuerdos, al sufrimiento de las rupturas, al peso de la palabra, a la consecuencia del vínculo social, a las exigencias del conocimiento.

CIRCUITO DE GOCE. ¿CONDENADO O REDIMIDO?

Anclado en la repetición de una historia parental, el niño no termina por instalarse bajo los auspicios de la función simbólica, entendida como aquella que promueve la búsqueda de satisfacción por la palabra, el amor y la cultura.

Los actos: fugas, consumo y venta, substituyen el juicio, que en términos freudianos podría evitar la repetición. El silencio y la soledad auspician el predominio de la fantasía, en cuyas fuentes la imagen del mundo suscita sospecha, pugnacidad y decepción. Para soportar el estado resultante adopta dos posiciones que alternadas aseguran el circuito. Hay un momento en que afloran los recuerdos, siente ser la víctima "me duele mi infancia" "me dejaron" "no me dan". Es esclavo de su pasado, de lo poco que ha vivido. Está condenado al abandono, al aislamiento y su fórmula es la repetición de la conducta paterna: el consumo. Una inercia pulsional prevalece por oposición al universo simbólico que insinuado en la recomendación: "No consumas, estudia y aprende mucho" no se instala entre "cuero y carne" para crear conciencia. La fragilidad de la palabra del Otro, remite en principio a la contradicción que supone sugerir un límite pero desconocerlo simultáneamente, en un continuo paso al acto, más fácil de imitar por el niño.

En la vida de sus padres, se desconocen funciones y responsabilidades con regularidad; circula el decir mas no la palabra que compromete y sitúa; se busca el goce en el reto constante a la autoridad. En los intervalos

1. Viajar en la jerga de los consumidores quiere decir "consumir". Aquí ausencias y viajes tiene entonces la doble connotación de alejamiento físico real y aislamiento o ensimismamiento por el consumo que realizaba con frecuencia en presencia del niño.

marcados por la culpa, la madre aparece: se informa de sus dificultades escolares, busca ayuda, aconseja, regaña, compra, paga, amenaza o promete, para volver a desaparecer por un tiempo en el cual olvida, infringe el orden, incumple, se silencia, no paga, trazando su propio circuito de goce en un constante desafío con la ley y riesgo con la muerte. A su vez el padre, atrapado por el consumo y el tráfico de estupefacientes desaparece por largos períodos. Ya no busca como antes el contacto con el niño, pero él guarda con celo los recuerdos de cuando le hablaba como si fuera un adulto. Logra así presevarlo de la censura y mantener un nexo afectivo que lo ancla en lo peor del padre.

No hay entonces incidencia sólida del universo simbólico que promueva en términos de Freud: procesos de represión, simbolización o sublimación. Con tan pocos recursos, la angustia por la falla en el Otro, se tapona con la droga. Es la panacea momentánea con efecto en el cuerpo y los sentidos; el sopor, la placidez artificial, el desapego al compromiso obtenidos a voluntad constituyen el disfrute solitario, con el cual intenta además congelar las urgencias de lo real. Es el momento en que parece subyugar su malestar, reina en un paraíso donde cree reencontrar el objeto primordial en una asimilación sin fronteras, que lo redime de todo sufrimiento y una vez pasado el efecto, viene el descenso. Ahora la tensión adquiere niveles muy altos, porque el apremio interior y exterior se ha intensificado por efecto de la culpa, con todos los fantasmas que la acompañan: temor a la autoridad y la sanción, hipocondría decepción, sombra de la muerte.

Condenado a padecer o redimido por el consumo. Dos momentos de una repetición que pretende aliviar de recuerdos. Punto de partida para un nuevo despliegue de la defensa que reinicia el ciclo del cual no sale. ¿Cómo podría el niño salir de la inmanencia pulsional ciega y sorda que lo aproxima a la muerte para transitar en cambio por los senderos del deseo, del conocimiento, del compromiso con la vida? ¿Cómo romper con la imagen alineante de un padre real quien permanece en oposición constante con el orden social y a pesar de ello se atreve a formular un derrotero diferente para el niño cuando dice “no consumas, estudia y aprende mucho”?

Este instante congelado en la memoria del niño, reaparece en su discurso como añoranza de una relación, en la cual se sintió interlocutor adulto y objeto de un deseo. Pero la luminosidad de este recuerdo se ensombrece, porque también actualiza el compromiso o la meta no alcanzada, que en la voz de un padre consumidor, acentúa la división entre los actos y la palabra del Otro. No es entonces el recuerdo de un instante intrascendente. Es puntual en la clínica

porque por un lado permite la posibilidad de un encuentro, en el que el niño se siente escuchado y reconocido, pero evoca la falla de un padre dividido que –a pesar de haber interferido la relación con la madre librándolo posiblemente de una psicosis– no tuvo legitimidad suficiente para afirmar la sujeción al orden simbólico y en la expresión de su deseo para el futuro del niño, pone en evidencia sus errores.

El niño sólo podrá salir de la repetición que lo aproxima a la muerte física y a la asfixia subjetiva, si frente a la falla del padre, acepta su derrumbe, y reconoce la imposibilidad de pagar la deuda social acumulada por ambos padres para iniciar su propio haber con la vida.

Aceptar la caída del Otro como ideal es aceptar la muerte para ambos. Es dar paso al deseo que resitúa frente al destino. No ser más objeto de goce para el Otro y en definitiva asumirse como sujeto.

LAS VICISITUDES DEL PADRE. SUJETO Y CULTURA

Desde Freud, el psicoanálisis centra la inscripción en la ley a partir del padre. Lo supone transmisor de una prohibición que separa y ordena el deseo, pero a su vez en tanto presenta la imagen de amo con todas las posibilidades de goce, se lo reconoce como instigador a la transgresión.

En los terrenos del padre se gesta entonces la ley y el deseo pero de igual manera la transgresión y el goce. Dorso y envés de un bautizo que deja profundas huellas en la estructura y que constituirá el recorrido de alejamiento pero también de retorno al nacimiento de un sujeto. Conviene recordar con Lacan que los avatares de la construcción de una subjetividad, se inician desde antes de nacer a partir de los significantes que marcaron la historia de sus genitores, y posteriormente de las contingencias de la relación tejida con quienes ejerzan las funciones parentales. Ellos prestarán su imagen para que se continúe el proceso –complejo y dispendioso– en el cual los significantes mediarán el enlace entre lo real del viviente y su condición de ser deseante.

Como estigma el principio y el fin de una subjetividad supone la dependencia inicial del Otro que será investido de poderes vitalmente requeridos para luego despojarlo de los mismos a medida que avanza el recorrido del nuevo sujeto. Unión inicial pero separación y diferenciación progresiva serán las operaciones subyacentes a su aparición y a pesar de todo cargará sobre su ser las incidencias de estar por siempre en déficit frente a la vida, pero sobre todo frente al

destino que le espera: la muerte. Permanecerá un *im-passe* con la cultura que lo alberga y para actuar como protagonista deberá despojarse progresivamente de los ropajes prestados de la imagen de los otros; deberá renunciar e interpretar ciegamente el papel que demande el Otro pero sólo podrá lograrlo si está dispuesto a prescindir de su tutela, para representar con los medios a su alcance la escena que desea.

Como se afirmó antes, modificar el lugar y la importancia del Otro, cuando se constata su falla, la misma que divide el sujeto, no es otra cosa que afrontar la muerte. En el Seminario La Etica Lacan lo afirma: "...Si no hay más qué falla, el otro desfallece y el significante es el de su muerte. En función de esta posición, suspendida ella misma a la paradoja de la ley, se propone la paradoja del goce..."².

En pocas palabras, la falla estructural que sustenta la necesidad de agremiación y la aparición de un orden social no se modifica. Ella será para el sujeto la fisura abierta por: su impotencia frente a la naturaleza, las fallas de la ley que regulan la cultura y sobre todo por el drama subjetivo que le plantea la muerte. Una lesión incurable que sólo le resultará posible enmascarar temporalmente o soportar con distractores a menos que volviendo a Lacan asuma la condición de su ser: ser en falta, ser para la muerte.

LA HERENCIA DEL PADRE. EL HIJO FRENTE AL DESTINO

En la intersección de la desvalidez humana y la ineficacia de la cultura surge la sombra del padre en su contradicción descarnada: gestor de un orden pero trasgresor del mismo; protector ante el infortunio pero aniquilador si no se le acata. Podría decirse: ante los ojos del *hombre-niño-indefenso*, el principio y ¿el fin de todas las cosas? ¿Sinónimo de vida y muerte?

En su vertiente simbólica, es posible imaginar un padre que en su historia fue marcado por la castración, por tanto tendría las condiciones para ser el agente de la transmisión de un orden que interdicta el goce y promueve el hijo a la conquista de sus deseos por fuera del ámbito familiar. Podrá ser destituido como ideal, dando paso a la construcción de nuevos intereses, más acordes con la subjetividad en ciernes y propiciando la asimilación progresiva del horizonte que plantea la muerte.

En su vertiente imaginaria al contrario, anclará el hijo en la dependencia cobarde o culposa, impedirá la promoción de deseo propio, mantendrá la ficción

de un padre con poder ilimitado que niega de paso su condición mortal y dificulta con ello la aceptación de la muerte.

Este tránsito del niño dependiente al protagonista de una historia, pasa entonces por la posibilidad del parricidio simbólico, auspiciado desde el Otro ya inscrito en la ley, que significa en términos de Lacan, el cruce de la barra del significante. El residuo de esta operación, será la palabra del padre muerto pero con efectos fundantes no como voz instigadora de culpa y de goce.

Si se intenta aproximar nociones aún en discusión, se puede afirmar, que el niño de esta historia está fijado por la voz, en tanto objeto, a la imagen de un padre que en su recuerdo, lo sitúa como sujeto susceptible de una vida diferente a la suya. Aquí se anudan por un lado la significación afectiva frente al Otro y el reconocimiento sesgado de una falta, como elementos simbólicos de su historia que lo protegieron de una patología más severa. El mensaje paterno "no consumas, estudia y aprende mucho" insinúa este otro: no hagas lo que yo hago, no seas lo que yo soy. Tiene el sentido de un reconocimiento culposo que traslada la corrección de una historia en los hombros de un niño, que en su desvalidez real y pobreza simbólica no puede cuestionar, al menos por ahora.

El peso inconsciente de este episodio, insistente en su memoria a pesar de su anhelo de olvidar, es importante porque en medio de su abandono afectivo y del aislamiento propiciado por él mismo, de allí obtiene la significación que necesita para seguir viviendo. El sesgo perverso sin embargo, lo fija en la culpa y el goce porque actualiza el fracaso frente al Otro por la meta no alcanzada, la deuda ajena imposible de pagar y la propia ya acumulada. De esta forma su relación con el padre está mediada por la culpa, y aparece como autorreproche, miedo al castigo e hipocondría, en los momentos en que está enfrentando a la verdad.

Tanto en el padre como en el hijo, la falta aunque admitida no tiene efectos transformadores. El peso simbólico de la castración está suspendido por el continuo paso al acto que intenta evitar el efecto subjetivo de la falta y el consumo tiene el sentido final de auto-punición. Por ello el resultado lejos de representar placer y vida, significa más bien, un goce con la muerte.

El niño teme la muerte, pero la busca cada día. Sólo cuando pueda aceptarla para el Otro estará en condiciones de renacer como Sujeto con los recursos simbólicos requeridos para enfrentar la vida, de una manera diferente.

Es preciso admitir, que el niño estará en mejores condiciones para enfrentar su neurosis y el rasgo perverso que lo une al padre, a partir del reinicio de la

2. LACAN, J. Seminario La Etica. Buenos Aires, Paidós, 1988. Pág. 233.

cura y pasados unos años cuando dependa menos del referente familiar.

ALGUNAS CONSIDERACIONES PARA CONTINUAR LA REFLEXION

El consumo de sustancias para producir efectos en la subjetividad tiene implicaciones muy diversas a través del tiempo y la historia de las culturas. Ha adquirido proporciones muy singulares en la sociedad actual, en parte porque tiende a potenciar problemas sociales ya existentes y dramas subjetivos no resueltos, que una vez exacerbados pueden convertirse en causa de deterioro cultural.

Por razones insuficientes y discutibles, se presiona la penalización del cultivo, el procesamiento y el comercio de estupefacientes, como instrumento privilegiado de los Estados para garantizar "el bien común". Se desconoce así, la importancia de abordar el consumo, con programas dirigidos a modificar los factores que lo agravan y que favorecen su expansión como la pobreza, la ignorancia, la inequidad social y la impunidad entre otros.

Casos como el del niño que motivó este artículo y muchos otros, más críticos, se multiplican cada día, hacen imprescindible su estudio y suscitan muchas preguntas: ¿Qué sucede en la sociedad moderna en relación al Sujeto? ¿Por qué los dramas subjetivos parecen menos susceptibles de elaboración simbólica? ¿Será que el "avance" de las comunicaciones los hace simplemente más notorios?

El exceso en la producción de bienes de consumo y la publicidad estimulan la voracidad que en el imaginario intenta atrapar el objeto mítico nunca poseído. Esta estrategia con fines económicos: ¿Desplaza y distorsiona el valor del Sujeto? ¿Culmina en el hartazgo? Hace más profunda la caída que enfrenta al vacío, es decir, a la falla estructural? El dinero convertido en fetiche parece un factor determinante en la transformación de una antigua costumbre humana en problema social. ¿A quién beneficia sostener una política que lejos de solucionar, lo potencia?

¿Entre la simbolización que sustenta el ritual de la Etnia ancestral y el ritual urbano, existe un vacío encubierto por la imaginarización de un goce asexual como lo afirmó Lacan? ¿Ya no se trasmite la ética al interior de los vínculos primordiales? ¿Los cambios de la mujer desvalorizaron la pareja y conflictuaron aún más la función del padre? ♀

BIBLIOGRAFIA

- Freud, Sigmund. *Dostoievski y el Parricidio*. Tomo XXI. Amorrortu Editores, 1976.
- Freud, Sigmund. *El malestar en la Cultura*. Tomo XXI. Amorrortu Editores, 1976.
- Freud, Sigmund. *Moisés y la Religión Monoteísta*. Tomo XXIII. Amorrortu Editores, 1976.
- Gerez-Ambertin, Marta. *Las Voces del SuperYo*. Buenos Aires, Manantial, 1993.
- Lacan, Jacques. *Seminario La Etica del Psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 1988.
- Lacan, Jacques. *Función y Campo de la Palabra en Escritos I*. Siglo XXI, 1971.
- Ravinovich, Diana. *Una Clínica de la Pulsión: Las Impulsiones*. Buenos Aires, Manantial, 1989.